

que, sin ser de su patrimonio, custodia como depositaria de la misma. Este es el caso de las pinturas del Museo del Prado que alberga el Palacio Carvajal.

Tras una breve introducción, se analizan los edificios que guardan las obras artísticas, para pasar al catálogo de pinturas. Las obras son estudiadas en conjunto atendiendo a las diversas centurias a que pertenecen para después pasar al análisis específico de las mismas; con la ficha técnica, ilustración y comentario. Se inicia el catálogo con algunas obras existentes del siglo XVI y culmina con la representación del siglo XX que es el grupo más cuantioso. En lo que se refiere a las obras anteriores del siglo XX, es preciso destacar las piezas del siglo XVII, pertenecientes al depósito del Museo del Prado. Además de estas obras, hay que resaltar la serie de lienzos de los costumbristas extremeños de los siglos XIX y XX, la cual constituye una de las colecciones más importantes de la región en este género pictórico, con obras de Eugenio Hermoso, Juan Caldera, A. Covarsí, Bermudo Mateos, etcétera.

Del siglo XX son la mayor parte de las obras que se catalogan. Este conjunto artístico, en el que están representados los más importantes autores de los principales movimientos contemporáneos, procede en gran medida de los fondos del Museo de Arte Contemporáneo de los Caballos. Las firmas de Picasso, Miró, Tapies, Saura, Millares, Guinovart, Oscar Domínguez, Benjamín Palencia, Barjola, Genovés, Equipo Crónica, etc. son testimonio de la variedad y calidad de las obras estudiadas.

El catálogo de escultura, cuyo volumen es significativamente menor al de pintura, analiza magníficas piezas en las que destacan las del siglo XX. En el conjunto se recogen ejemplares de los escultores extremeños como Alvarez Lencero, Juan de Avalos, Pérez Comendador, etc., junto a otros de prestigiosos artistas españoles como Oteiza, Alberto Sánchez, Chirino, Palazuelo, Alfaro, Baltasar Lobo, etcétera.

A pesar de la variedad de épocas y calidades artísticas de las obras recogidas, los autores han logrado aunar criterios, produciéndose un catálogo en el que cabría destacar singularmente la aportación precisa y concreta que se realiza en el estudio de cada obra. El comentario artístico del catálogo está acompañado por un estudio del mecanismo de adquisición que ha permitido a este organismo hacerse con este importante conjunto de obras artísticas.

Pilar MOGOLLÓN CANO-CORTÉS

Antonio ZOIDO DÍAZ, *Barjola*. Badajoz, Caja de Ahorros de Badajoz, 1989, 1.220 pp., 121 figs.

A veces las publicaciones de las regiones periféricas que no están hechas en las editoriales nacionales se ven condenadas a recibir menos difusión que si lo fueran de éstas, máxime si se trata de libros que no salen a la venta y son considerados *objetos de regalo* de determinadas instituciones o empresas, lo cual ocurre con frecuencia en el campo de la producción artística o del patrimonio monumental. Su acceso es difícil a pesar de sus buenas ediciones y de ser sus autores personas de prestigio, bien en el campo del discurso literario o autores populares en el lugar donde trabajan, que a veces son menos conocidos en el panorama nacional.

Son libros que aportan, sin embargo, junto a la visión general, una experiencia local importante y en muchos casos insustituible para posteriores investigadores. Por estas razones hacemos aquí mención de un libro de difícil acceso que supone una aportación interesante y muy testimonial sobre la figura de este pintor extremeño pocas veces estudiado desde su tierra de origen, siéndolo ahora por fin y desde la perspectiva de un amigo entrañable.

El autor del libro: Antonio Zoido Díaz, es crítico de arte y, como tal, miembro de la Asociación Española y de la Internacional de Críticos de Arte; ha contribuido con la publicación de sus libros, desde la prensa extremeña y en algunas revistas especializadas, como la ya desaparecida *Bellas Artes*, del Ministerio de Educación y Ciencia, a que los nombres de Ortega Muñoz, Juan Barjola, Juan José Narbón, etcétera, se citasen con continuidad desde la propia ciudad de Badajoz, tanto tiempo alejada de una posición artística de vanguardia y anclada en valores locales y excesivamente tradicionales.

Juan Barjola (Torre de Miguel Sesmero, Badajoz, 1919) es habitual para las personas dedicadas al arte contemporáneo, que saben su papel en el arte español desde los años sesenta. Ganador de tantos premios y mostrado en tantas exposiciones, el más reciente fue el Premio Nacional de Pintura en 1986. Es pintor cuya labor ha tenido sobrados reconocimientos ante el público que pudo contemplar gran parte de su obra de los años ochenta en la exposición celebrada en el Museo de Arte Contemporáneo, de Madrid, en 1987-1988, o que visita actualmente el museo monográfico del artista en el edificio de La Trinidad, de Gijón, inaugurado en 1988.

Refiriéndonos concretamente al libro, éste presenta en primer lugar un prólogo o *prosema* del poeta extremeño Pedro Pacheco dedicado al pintor. Después un prólogo de Manuel García Viñó, quizá un tanto ampuloso, que apunta una reflexión crítica y personal sobre la contemporaneidad. Y a continuación el de Zoido, texto dividido en varios capítulos con claros epígrafes que facilitan la lectura de la obra.

Es importante la coherencia de la obra. El texto responde al estilo personal del autor, siendo en gran parte, como él ha dicho, un ensayo biográfico-crítico. Zoido es un autor con magnífica pluma que utiliza un lenguaje literario intimista y evocador con nostalgias y elocuentes recuerdos de su pintor, al que admira sin límites. Por lo tanto, el libro es personal, testimonial, fruto del trato desde el entendimiento. Con datos muy concretos al ser sabedor de la vida y milagros del pintor, con un discurso coherente y continuado.

Es una visión donde se estudia la personalidad sencilla e introvertida de Barjola, su medio infantil totalmente rural. Los primeros años de academia en Badajoz, ciudad marcada por la personalidad del pintor costumbrista y de gran éxito regional Adelardo Covarsí, que dirigía la Escuela de Artes y Oficios, al que, por otro lado, olvida por completo Barjola para seguir, sin embargo, la gran era marcada por el proteico Pablo Picasso y sobre todo por la pintura Neofigurativa internacional de la Segunda Postguerra. La soledad de Madrid, con algunas pinceladas del contexto social. Y la actividad artística fundamental cuando empiezan las exposiciones desde que en 1957 celebrara la primera individual, en la Galería Abril de Madrid.

Por lo tanto, no es el libro del historiador minucioso y discursivo o del crítico que hace balanza de lo positivo y negativo y contempla conjuntamente al artista con

el contexto de los artistas contemporáneos, o de la situación del comercio artístico, o de tantos elementos que se mueven junto a un artista que por otros autores no sería visto como un ente solitario; ni de un complejo erudito, a pesar de la seriedad de los datos informativos incluidos. Es el libro de un buen escritor, que sirve para estudiosos, aficionados, y contempladores de una obra tan visceral, resultado de un expresionismo permanente y convulsivo, aún con su evolución en el entendimiento de la forma y el color, ese color tan interesantemente tratado, de Juan Barjola.

Sus temas, tratados en un capítulo aparte, figurativos y tristes que utilizan al principio un lenguaje neocubista y que traducen un estado de ánimo ante la existencia humana, determinado. Sus visiones oníricas posteriores, del mundo del hombre, animal y vegetal, donde lo erótico, la agresión y la violencia, son tratadas con fuerza más allá de la realidad tangible, inquietándonos, haciéndonos reflexionar, desde el concepto plástico del cuadro. Hasta la pincelada revuelta, libre, gestual y dinámica de las últimas obras, como sus tauromaquias.

Se añade un capítulo dedicado a los sentimientos del artista, a su retrato psicológico, siendo verdad que en artistas como Barjola el arte rezuma una postura, una ideología que necesitamos conocer porque la interrogación surge al mirar sus cuadros y buscar su perspectiva existencial. Para ello transcribe respuestas a una entrevista no reproducida en su totalidad pero sí fragmentada, al servicio de la escritura, organizada con ánimo siempre de mantener ese hilo conductor de un texto al alcance del buen lector.

Después hay otro capítulo para referirse a la relación de Barjola con Extremadura, donde además el autor reivindica su contribución personal a, como ya decíamos al principio, la divulgación del arte de Barjola en su tierra. Desgraciadamente son muy escasas las obras plásticas de tal autor que poseen las instituciones extremeñas o colecciones reconocidas (si es que es posible hablar de coleccionistas en nuestra región). Barjola seguramente pronto tendrá una amplia representación de su obra en el Museo de Arte Contemporáneo de Badajoz, actualmente en construcción en la antigua cárcel en el Fuerte de Pardaleras, sobre el proyecto del arquitecto Juan Galea, hijo del artista.

Al final hay fragmentos de críticas o textos sobre el artista. Y una bibliografía seleccionada, importante para cualquier persona que se quiera acercar más al estudio del pintor.

El libro está muy bien editado con 121 reproducciones en color realizadas con alta calidad y cuidado diseño.

María del Mar LOZANO BARTOLOZZI